

Miradas a la Virgen

El sábado era el día de la Virgen. Sus padres iban a rezar el Santo Rosario, junto a otras familias, a la parroquia de San Bartolomé, y lo llevaban si prometía permanecer tranquilo y portarse bien, lo cual no resultaba nada fácil. Y bajo la misma promesa asistía a la Sabatina: una solemne bendición con el Santísimo Sacramento y el canto de la Salve.

Cuando el niño tuvo más edad, sus padres le enseñaron el rezo del Angelus. Cada día, al dar el reloj las doce, el Relojerico revoloteaba agitado, recordando a la familia el rezo del Angelus: San Gabriel no le perdonaría este olvido.

Durante el mes de María, todos llevaban flores. El también lo hacía. En su mano, bien apretada, llevaba un ramo de flores y las depositaba él mismo delante de la Señora del Cielo, dirigiendo a la Virgen una mirada sonriente por el audaz detalle que había tenido.

Don José y doña Dolores eran muy piadosos y enseñaron a sus hijos algo que ellos solían vivir: mirar y saludar las imágenes de la Santísima Virgen, en casa o al cruzarse con alguna por la calle.

Josemaría aprendió esto con rapidez y el Relojerico era quien más colaboraba en esta devoción:

—Mírala, Josemaría, dile que la quieres. Ahí, ahí... en el cuadro de la pared!

Así el pequeño se acostumbró a saludar a la Virgen y a dirigirle también una pequeña oración: "Bendita sea tu pureza... Dulce corazón de María..."

—Y dale también un beso...

Le salía fácil. Lo mismo hacía con doña Dolores; desde pequeño no salía jamás de casa sin acercarse a ella para despedirse con un beso. Y le parecía natural hacer lo mismo con su Madre del Cielo.

